

## **Ricardo Miguel Costa**

### **OJO RASO**

La frágil fibra del ser, la más líquida del ojo,  
acompaña el trabajo raso de la plancha  
sobre la ropa húmeda.  
El vapor sopla su gordura y la mirada se alza  
entre la bruma para buscar el vestigio  
más delgado de la noche.  
Por allí pretende fugarse la memoria del alma,  
por esa fisura oculta, la que debería explicar  
el misterio de esta pregunta doméstica.  
Pero el que observa entiende que no hay visión  
perpleja del mundo.  
Entiende que existe un mundo ciego que se aterra  
de lo que no puede ver y vuelve sobre sus pasos,  
así como la palabra también se arrepiente  
y borra su propia escritura hasta dejar al lenguaje  
/ desnudo de sentido.  
O tal vez sí exista una memoria que perdure  
más allá de la naturaleza del alma y la sobreviva,  
así como el ojo que es abrazado por el párpado  
nunca olvida el camino de lo que ha visto.

### **HORA DEPUESTA**

Una aproximación a la verdad  
es el pollo que gotea colgado de las patas.  
Más abajo, el batir del agua caliente  
contornea el vapor que trepa

entre espirales blancuzcos  
para que la crudeza del ave  
se empape a razón  
de una desprolija combustión  
que ha comenzado a dorar su espíritu.  
A unos pasos de allí, la cocción despiadada  
de muslos y pechugas no perturba  
ese otro vapor que emanan  
nuestras carnes desnudas.  
Más tarde, consumido el trámite de almuerzo  
y mutua devoración, queda una certeza  
que demora el ánimo de las partes  
cuando el entorno adormece  
el aroma de las luces.  
Ver el fuego apagado, ver los huesos molidos  
en la basura y ver la cama revuelta bajo tu cuerpo  
es una provocación a la desmesura de lo efímero,  
a lo poco que puede tentar una verdad  
cuando lo doméstico se resume  
en la volátil ceniza del mundo  
y nuestra existencia es como esa última  
gota de grasa que cae sobre el carbón,  
como esa última gota de tiempo  
que nutre la espera  
y hace de la distancia  
una mentira posible.

## VUELO ABIERTO

La mecánica natural del alma  
hace que las pequeñas miserias  
se conviertan en el riego natural del ojo.  
Gota a gota trabaja la tristeza mientras el llanto

activa cada parte, cada minucia ordenada  
en la memoria del dolor.

Entonces viene tu abrazo, tu súplica,  
y el llanto avanza, transforma tu pérdida  
en un sufrimiento líquido.

El ojo se cierra y la gota viene a colgarse de tu nariz.  
Cae, y antes de estrellarse, forma en el aire un mundo  
ausente de nosotros; un mundo transparente  
que alcanza a brillar, a sacudirse como si estuviera vivo,  
a reflejar dos rostros sorprendidos que no comprenden  
cómo la naturaleza puede perder algo tan bello,  
tan perfecto a la hora de reventar y que no los contenga  
en cada astilla de agua que vuela cuando se abre.